

Por una simple comparación verá el lector las diferencias de abreviaturas y división de líneas entre ambos colofones, sin contar otras que no pueden darse á conocer sino por medio de facsímiles. La más notable de las que se advierten está en las fechas: 12 de Febrero—17 de Abril. Todavía si de esto no pasara, podría creerse que todo se reducía á la reimpresión de la portada y la última foja; pero continuando el cotejo se hallan tales diferencias en el cuerpo de la obra, que no dejan la menor duda de que se trata de dos ediciones totalmente diversas.

En la 2ª todas las *signaturas* de los pliegos están de letra más gruesa que la del texto (la misma de las palabras *Veritas domini*, &c., de la portada). En la 3ª las signaturas son de la letra del texto (palabras *Agora nueuamente corregida*, &c., de la portada). En la 2ª los títulos corrientes de las páginas están enteramente junto al texto. En la 3ª llevan una separación notable. En la 2ª la foliatura se marca de este modo: fo... con minúscula. En la 3ª fo... con mayúscula. La medida ó justificación de las páginas del prólogo en la 3ª es mayor que en la 2ª.

Como la columna española suele resultar más corta que la mexicana, hay muchas de aquellas, y aun de las otras, completadas con cruces, estrellas ú otros adornos: muy rara vez van de acuerdo en esto ambas ediciones; las diferencias en abreviaturas, uso de mayúsculas y división de líneas son incontables. No existe en la 3ª edición la particularidad que hemos notado en las págs. xix á xxij, lviij, lviij, lxiij y lxv de la primera.

Si se me pregunta por qué se hicieron dos ediciones de esta Doctrina con diferencia de dos meses, fuera de la hecha ya en 1548, diré sencillamente que no lo sé ni aun lo conjeturo.

## 1553

## 19. Doctrina cristiana por Fr. Pedro de Gante.

En 8º, letra gótica.

Falta la portada: comienza con la signatura a ij del Calendario. Fojas preliminares 8, de rojo y negro, contando con la portada. Texto, 164 ff., todo en mexicano. Al fin:

**A honrra y gloria de nuestro señor Iesu xpo y de su bédita madre: aquí se acaba la presente doctrina xpiana en légua Mexicana. La qual fue recopilada por el R. p. Fray Pedro de Gante de la orde de sant Fráncisco. Fue impresa en casa de Juã pablos impressor de libros Año. de. 1553.**



(El ejemplar descrito, falto de la portada, está en mi poder: otro, con igual defecto, posee el Sr. D. José Mª de Agreda. Son los únicos de que hay noticia.)

**R**AY PEDRO DE GANTE, uno de los primeros apóstoles de nuestra tierra, y digno de eterna memoria por sus virtudes y méritos, fué de nación flamenco. En una de sus cartas dice que era natural de la villa de Iguen, en la provincia de Budarda,<sup>1</sup> y lo repiten los escritores de la orden.<sup>2</sup> Pero en otra carta señala por lugar de su nacimiento la ciudad de Gante.<sup>3</sup> Además de la contradicción, hay la dificultad de no saberse cuáles eran esa ciudad ó villa de Iguen, y esa provincia de Budarda. Atendiendo-nos á las investigaciones de un compatriota del gran lego,<sup>4</sup> podemos decir que Iguen ó Igüen es Ayghem—St—Pierre, suburbio hoy de Gante. El mismo biógrafo conjetura que escribiendo Fr. Pedro al Emperador pudo decir con verdad que habia nacido en Gante; sin perjuicio de que cuando se dirigía á sus compañeros precisara más el lugar, señalando aquel suburbio ó dependencia que ellos conocían bien. El nombre de la provincia (*Budarda*) debe estar corrompido, y hasta ahora no se le encuentra equivalente cierto.

Tampoco se conoce el verdadero apellido de nuestro misionero. Él lo latiniza en *de Mura*, que puede corresponder á los flamencos *de Moor*, *Van der Moere* ó *de Muer*.<sup>5</sup> En ninguna parte encuentro fijado el año de su nacimiento; pero puede deducirse aproximadamente de las noticias que los franciscanos dieron en 1569 ó 1570 al visitador del Consejo de Indias, D. Juan de Ovando. Al tratar de la escuela de S. Fran-

cisco, nombran á Fr. Pedro de Gante, y dicen que tenía noventa años;<sup>1</sup> lo cual nos hace retroceder á 1479 ó 1480; si bien la cuenta no es del todo segura, porque los escritores de entonces no se cuidaban mucho de la exactitud de tales indicaciones.

El origen de Fr. Pedro está asimismo envuelto en una oscuridad que apenas comienza á disiparse. Lo único hasta hoy bien comprobado es que tenía estrecho parentesco con el Emperador Carlos V. A él mismo dice en una de sus cartas: "Justa cosa es que se me conceda la merced, atento á lo mucho que he trabajado con ellos, y que tengo intención de acabar mi vida en su doctrina: y dame atrevimiento *ser tan allegado á V. M.* y ser de su tierra;"<sup>2</sup> y en una breve relación de varios sucesos es mucho más explícito: "Pues que V. M. é yo sabemos lo cercanos é propincos que somos, é tanto, que nos corre la mesma sangre, le diré verdad en todo para descargo de mi conciencia, y V. M. pueda descargar la suya."<sup>3</sup> Por su parte el provincial Fr. Alonso de Escalona escribía al rey Felipe II, el año mismo de la muerte del padre: "Hemos perdido uno de los mejores obreros en Fr. Pedro de Gante. Dios se lo llevó á sí para darle el premio, según lo sabe dar á sus servidores: que fuera hartó pesado y molesto, si diera cuenta á V. M. de lo mucho que hizo y obró por acá, pues que la tierra está henchida de su fama: fué pastor infatigable, trabajando en su ganado cincuenta años, y muriendo en medio de sus ovejas, muy distinto de aquel obispo Casaus, que las abandonó y murió muy lejos dellas: mucho agradecimiento le deben estos indios, y nosotros los religiosos, pues que le daba bríos *el ser deudo tan allegado del cristianísimo padre de V. M.*, que por su medio

<sup>1</sup> Carta, 27 de Junio de 1529, apud TERNAUX-COMPANS (*Voyages*, &c., tomo X, pág. 199) y P.º KIECKENS, *Les Anciens Missionnaires Belges en Amérique: Fray Pedro de Gante* (Bruxelles, 1880), pág. 19.

<sup>2</sup> MENDIETA, *Historia Eclesiástica Indiana*, lib. V, pte. 1, cap. 18.

<sup>3</sup> "Yo soy un religioso de la orden del bienaventurado Sant Francisco, natural de la ciudad de Gante." Carta de 1552, apud *Cartas de Indias*, pág. 92.

<sup>4</sup> P.º KIECKENS, pág. 5.

<sup>5</sup> P.º KIECKENS, pág. 7.

<sup>1</sup> *Códice Franciscano*, MS., pág. 7 de mi copia.

<sup>2</sup> *Cartas de Indias*, pág. 99.

<sup>3</sup> GONZÁLEZ DE VERA, *De los primeros Misioneros en Nueva España*, apud *Revista de España*. Año I, tom. III, n.º 11 (Madrid, 15 de Agosto de 1868), pág. 386.

nos era gran favorecedor, y nos otorgaba muchas de las mercedes que todos habíamos menester." <sup>1</sup> Cuál fuera á punto fijo ese parentesco tan cercano, no ha podido averiguarse todavía. No han faltado escritores poco avisados que han tenido al P. Gante <sup>2</sup> por hijo natural de Carlos V; sin reflexionar que este príncipe nació en 1500, y á esa fecha tenía ya Fr. Pedro unos veinte años. La creencia de que era hijo de Felipe el Hermoso, y por consiguiente hermano de Carlos V, tampoco tiene fundamento, porque ambos eran, poco más ó menos, de una misma edad. Un historiador, que de niño pudo conocer al padre, dice sencillamente que este era *primo* del Emperador. <sup>3</sup> Fr. Pedro hace mención de sus *parientes* en la carta de 1529, y encarga que se les comunique el contenido de ella, traducido al flamenco, pues él escribía en español, por haber olvidado su lengua nativa.

Dícese que hizo sus estudios en la universidad de Lovaina, de donde salió aprovechado discípulo. <sup>4</sup> Siendo, como era, de sangre tan ilustre, no debemos extrañar que recibiera educación esmerada. Por él mismo sabemos que desde muy mozo se había ocupado en cosas tocantes al servicio de la corona real, *antes de*

1 GONZÁLEZ DE VERA, ubi supra.

2 Aunque en las órdenes no se daba el título de *Padre* á los legos, el uso general le ha concedido á Fr. Pedro de Gante.

3 IXTLILXOCHITL, *Décimatercia Relación*, ed. Bustamante, pág. 60. No fué el P. Gante el único pariente del Emperador que pasó á estas partes. Lo mismo se decía del agustino Fr. Nicolás de Witte: hombre rico, que estando ya vestido para ir á casarse, mudó de camino y se fué al convento de Burgos, donde tomó el hábito. Vino el año de 1543, y murió el 21 de Octubre de 1565.—(GRIJALVA, *Edad II*, cap. 23.) Hay una carta suya y el facsímile de su firma en las *Cartas de Indias*.

4 No hallo esto en autores antiguos; pero lo admito sin dificultad, porque lo dice Vera (pág. 383), y sin duda lo leyó en algún documento que no conozco. Mendieta dice que "aunque *por su suficiencia* pudiera ser del coro, no quiso sino ser lego, por su gran humildad." Creo que si hubiera carecido de estudios, como otros afirman, no se le habría instado para que recibiese el sacerdocio, y mucho menos la dignidad episcopal.

*su conversión.* <sup>1</sup> No creo que por estas últimas palabras deba entenderse que en su juventud llevara vida aviesa, sino que después de haber hecho un papel correspondiente á su elevado origen, renunció á los goces y esperanzas del mundo, para acogerse al retiro del claustro. Todo este período de su vida, anterior al viaje á Nueva España, está muy oscuro. Así es que ignoramos también dónde y cuándo tomó el hábito de S. Francisco: sería, probablemente, en el convento de su patria; pero aunque su nacimiento y sus letras le abrían camino fácil al sacerdocio y á las mayores dignidades eclesiásticas, nunca quiso pasar del humilde estado de lego.

Moraba en el convento de Gante cuando llegaron las nuevas de los primeros descubrimientos de Cortés. En nuestros días, conocido y andado ya todo el orbe, no podemos formarnos idea cabal del golpe que daban entonces las noticias referentes al Nuevo Mundo que iba apareciendo á los ojos atónitos de los habitantes del antiguo. Era también la primera vez que se oía hablar de imperios cuya civilización, abultada por la novedad, contrastaba con la rusticidad y abatimiento de los indios descubiertos hasta entonces. Para los políticos, aquello significaba un nuevo é inmenso campo á las ambiciones: para los codiciosos, una mina inagotable: para la Iglesia, una copiosísima miés con que podía reparar las pérdidas que las nuevas herejías le estaban causando en sus antiguas posesiones. La orden del gran Francisco, fuerte con su pobreza, avezada á la conquista de almas, fué la primera que se aprestó á llevar la luz de la fe á aquellos gentiles. Fr. Juan Clapion y Fr. Francisco de los Angeles, persona de nobilísima estirpe, se decidieron á hacer el viaje, y comenzaron á negociar las licencias necesarias para emprenderle; mas no lograron su designio, porque Fr. Francisco fué elevado poco después á la dignidad

1 Carta de 1558. VERA, pág. 388.

de Ministro General de su orden, y la muerte arrebató á Fr. Juan. El nuevo General, ya que no podía venir en persona, dispuso inmediatamente el despacho de la misión que á poco trajo Fr. Martín de Valencia; pero mientras se arreglaba aquello, se adelantaron tres religiosos flamencos, residentes á la sazón en Flandes. Fueron Fr. Juan de Tecto (*du Toict*), antiguo profesor de Teología durante catorce años en la Universidad de París, guardian del convento de Gante y confesor del Emperador: Fr. Juan de Ayora ó Aora, sacerdote venerable por su ciencia y ancianidad, y nuestro ilustre lego Fr. Pedro. Entre los muchos frailes que solicitaban el permiso del soberano para ir á las nuevas tierras, solamente estos tres le obtuvieron; merced, sin duda, al paisanaje, á la influencia que tenía el P. Tecto por su carácter de confesor de S. M., y al parentesco inmediato de Fr. Pedro; si bien se dice que fué también necesario el empeño de los cortesanos flamencos para vencer la resistencia de Carlos V, que no quería separarse de su confesor. Alcanzadas al fin la autorización régia y la del provincial, creyeron tener lo bastante, y no se detuvieron á pedir la del nuevo pontífice Adriano VI, que aun no había llegado á Roma. <sup>1</sup>

Salieron, pues, de Gante, con sólo aquellas dos licencias, el 27 de Abril de 1522. Ignoro por qué tardaron dos meses en llegar á España: el caso es que arribaron á Santander en la misma flota que condujo de Inglaterra al Emperador, y desembarcaron el 22 de Julio. También se detuvieron largo tiempo en España, sin que sepamos en qué le gastaron. Allí recibieron las noticias de la expugnación de la gran ciudad de México y caída del imperio azteca, lo cual les puso mayor deseo de apresurar su viaje. Volvieron á embarcarse el 1º de Mayo de 1523, supongo que en Sevilla, por ser el lugar de donde partían todas las na-

ves que hacían viaje á las Indias. La que conducía á nuestros religiosos gastó cuatro meses en la travesía, y al cabo los puso en Veracruz el 30 de Agosto del mismo año. <sup>1</sup>

México empezaba entonces á salir de sus ruinas, y no les pareció residencia apropiada aquella donde todo era bullicio, y donde los indios agobiados por el trabajo que se les exigía para la reedificación de la ciudad, no tenían tiempo ni tranquilidad para recibir instrucción. Sea por esto, ó más bien porque la ignorancia del idioma era un invencible obstáculo para el logro de sus deseos, se retiraron á Tezcoco. El nuevo señor de allí, Ixtlilxochitl, aliado de los españoles, dió aposento á los tres religiosos en el palacio del rey Nezahuilpilli, y ellos se dedicaron desde luego á aprender la lengua mexicana, para lo cual mostraba Fr. Pedro las más felices disposiciones. Antes de cumplirse un año, llegó la misión de franciscanos con el custodio Fr. Martín de Valencia. Salieron á recibirlos Cortés, Ixtlilxochitl y el P. Gante; y habiéndoseles dado, á instancias de este, el recado necesario, dijeron allí la primera misa solemne el día de S. Antonio de Padua, 13 de Junio. <sup>2</sup> Acaso por eso llevó el nombre de este santo el convento edificado después en Tezcoco. Admirados los recién venidos, de que á pesar de la conquista y de la presencia de los tres misioneros aun reinase la idolatría, sin que ni siquiera hubiesen cesado del todo los sacrificios humanos, preguntaron con cierta extrañeza á sus predecesores, qué habían hecho y en qué se ocupaban. Fray Juan de Tecto, como más caracterizado, respondió por todos: "Aprendemos la teología que de todo punto ignoró S. Agustín:" es decir, la lengua mexicana, indispensable para emprender la conversión de aquellas gen-

1 Carta de 1529, apud TERNAUX, tom. X, página 199; ó KIECKENS, pág. 19.

2 IXTLILXOCHITL, *Décimatercia Relación*, ed. Bustamante, pág. 73.

1 MENDIETA, lib. III, cap. 4.

tes.<sup>1</sup> Los padres flamencos se incorporaron á la misión, y quedaron bajo la autoridad de Fr. Martín de Valencia, conforme á la instrucción que este traía de su General. De los tres faltaron pronto dos, porque el mismo año de 1524 partieron los padres Tecto y Ayora con Cortés, á la desastrosa expedición de las Hibueras, durante la cual murieron de puro trabajo y miseria.<sup>2</sup> Quedó, pues, solamente, de los primeros, nuestro Fr. Pedro de Gante, que había de ser uno de los más célebres entre aquellos varones apóstólicos.

Tres años y medio permaneció en Tezcoco, en cuyo tiempo hizo varias expediciones á Tlaxcala y otras provincias cercanas á México. Hallamos en una de sus cartas la especie de que entre él y un compañero bautizaron más de dos-

<sup>1</sup> MENDIETA, lib. V, pte. 1, cap. 17.

<sup>2</sup> De la suerte del P. Tecto no hay hasta ahora duda: todos convienen en que durante la expedición murió de hambre arrimado á un árbol. (MENDIETA, lib. V, pte. 1, cap. 17.) Mas no sucede lo mismo con el P. Ayora. Mendieta asegura que "fué servido el Señor de llevarlo para sí dentro de pocos días. Su cuerpo fué depositado en la misma casa del señor que los había acogido, en una capilla adonde por entonces decían misa, hasta que se edificó el convento que hoy permanece en la dicha ciudad de Tezcoco, con vocación del bienaventurado S. Antonio de Padua. Donde siendo guardian el siervo de Dios Fr. Toribio Motolinia, uno de los doce, lo trasladó del lugar donde primero estaba, á la sobredicha iglesia." Torquemada (lib. XX, cap. 18) copió á Mendieta, y Betancurt (*Menologio*, 18 de Julio) refiere lo mismo. A pesar de estas autoridades, y de ser tan puntuales las señas, caben graves dudas acerca de la verdad del relato. Desde luego ocurre que el P. Ayora no murió dentro de los pocos días de la llegada, porque habiéndose verificado esta por Septiembre de 1523, aún vivía aquel padre cuando llegó Fr. Martín de Valencia con los doce, en Junio de 1524. El mismo Mendieta dice (lib. III, cap. 14) que estos hallaron aquí cinco religiosos de su orden: dos de ellos, cuyos nombres ignoraba, porque murieron en breve, "vinieron á vueltas de los españoles, al tiempo de la conquista, y serian de los moradores de las islas: los otros tres eran flamencos, venidos del convento de S. Francisco de la ciudad de Gante." es decir, los padres Tecto, Ayora y Gante. Después repite que eran diez y siete por todos: luego no había muerto todavía el P. Ayora. Pero aún hay más, porque el P. Gante, en su carta de 1529, dice:

cientos mil indios.<sup>1</sup> Sin duda se expresó así porque andaba acompañando al sacerdote en aquella ocupación, y probablemente preparaba é instruía á los catecúmenos, pues siendo lego no podía administrar el sacramento. Ninguno de sus biógrafos habla de esto; y por más que entonces el gran número de indios que acudía á pedir el bautismo obligara á omitir la mayor parte de las ceremonias, no hay indicio de que la necesidad se considerara tan grave, que autorizara la administración del sacramento á los adultos por quien no hubiera recibido las órdenes sagradas.

A fines de 1526 ó principios de 1527 estaba ya Fr. Pedro en el convento de México, donde, salvo una corta interrupción, había de pasar el resto de sus días. Su estado de lego y el defecto de ser tartamudo le impedían dedicarse á la predicación; pero era cosa notable que los frailes sus compañeros apenas le entendían cuando les hablaba, ya fuera en la lengua española, ya en la mexicana á los que la sabían, mientras que los indios comprendían sin la menor dificultad cuanto les decía. Así fué que á pesar de tal defecto servía muchas veces de intérprete, ayudaba á la conversión, catequizaba á los indios y predicaba cuan-

"Quant à mes compagnons, ils s'en allèrent avec le gouverneur dans un autre pays, et ils y sont morts pour l'amour de Dieu, après avoir enduré des fatigues innombrables." (KIECKENS, pág. 19.) En la de 1532 decía: "Los dichos Fr. Juan de Tecto y el otro sacerdote (que había venido con él) fueron con el Marqués del Valle D. Hernando Cortés á Cabo de Honduras, y á la vuelta fallecieron con tormenta y trabajos del camino." (*Cartas de Indias*, pág. 52.) En la de 1552: "E fué Nuestro Señor servido de llevar al P. Juan de Teta y á el otro compañero, cuasi luego como llegamos, porque murieron en el descubrimiento de Honduras, yendo con el Marqués." (*Ibid.*, pág. 92.) En Bernal Diaz (cap. 174) leemos también que Cortés llevó consigo "dos frailes franciscos flamencos;" designación que sólo puede convenir á los dos compañeros de Fr. Pedro de Gante. El P. Motolinia (trat. II, cap. 4) dice que el P. Tecto falleció el segundo año de su llegada á estas partes "con uno de sus compañeros, también docto."

<sup>1</sup> KIECKENS, pág. 18.

do no había sacerdote que entendiera la lengua; pero su principal ocupación fué siempre la enseñanza de los niños.

Cuidaron mucho de ella los frailes desde el principio, como de cosa tan importante para apresurar la conversión y asentarla sólidamente. La empresa era de imponderable dificultad, porque con medios enteramente desproporcionados á los fines habían de atender, no á la educación sucesiva de los niños según fueran llegando á edad competente, como sucede en nuestros días, sino á la de una numerosa generación entera, chicos y grandes, hombres y mujeres, que de golpe aparecía urgentemente necesitada de instrucción religiosa y civil, desde los primeros rudimentos, y sin saber siquiera la lengua de sus maestros. Los frailes eran pocos, y considerando que si querían abarcar todo, nada alcanzarían, se resolvieron á dividir su tiempo entre la conversión de los adultos y la enseñanza de los niños. Procuraban así atender á lo más urgente, porque para los adultos era ante todo sacarlos de sus errores, y los niños, como más dóciles y no imbuidos todavía en las viejas creencias, con la enseñanza recibirían la nueva religión. Contaban además con que una vez bien doctrinados los pequeños, ellos servirían para atraer á los mayores, y no se engañaron en su esperanza.

Con esa idea, al edificar los frailes sus conventos les dieron una traza particular, casi siempre la misma: la iglesia de oriente á poniente, y formando escuadra con ella, hacía el norte, la escuela y las habitaciones para los discípulos. A ese departamento solía acompañar una capilla destinada especialmente á los indios, mayor á veces que la iglesia principal. Las construían de muchas naves, enteramente abiertas por uno de los extremos, y con vista á un grandísimo atrio que completaba el cuadro de toda la fábrica. De esta disposición (que aun se ve en algunas partes, y señaladamente en Cholula) resultaba que cuando el curso de los indios á los oficios divinos

era tan grande, que no cabían en la iglesia, los que quedaban afuera podían ver desde el atrio lo que se celebraba. Servía también aquel gran patio para enseñar la doctrina á los adultos, por la mañana, antes del trabajo, y también para los hijos de los *macebuales* ó plebeyos que acudían á recibir la instrucción religiosa, pues el edificio de la escuela estaba reservado para los hijos de los nobles y señores; bien que esta distinción no se guardaba rigurosamente. Una de las razones que movían á los religiosos para hacerla, era que hijos de pobres no tenían necesidad de saber mucho, pues no habían de regir la República, y sí la tenían de instruirse pronto en lo más preciso para quedar libres y ayudar á sus padres en el trabajo con que ganaban la vida; mientras que los nobles no hacían falta en sus casas y podían estar más de asiento en la escuela, hasta alcanzar toda la instrucción que se requiere para desempeñar cargos públicos. Distinguían también de ingenios, y no querían perder su escaso tiempo en dar instrucción mayor á los discípulos que ya en la primera habían mostrado carecer de capacidad para más. Como en las niñas no mediaban esas razones, no había distinción para ellas, sino que las de todas las clases recibían instrucción en común. Tal vez no estaría de sobra recordar hoy esas prudentes reglas de los primeros misioneros. Las familias y el Estado no harían sacrificios estériles para dar una instrucción enciclopédica, que en pocas cabezas cabe, rara vez se termina, y menos se emplea bien; tampoco se mediría por igual lo que es muy diverso, ni se crearían necesidades facticias y ambiciones desordenadas que tan funestas son cuando faltan la voluntad ó los medios para satisfacerlas de una manera legítima.

Levantadas las escuelas, era preciso procurarse discípulos, y los frailes, ya por sí mismos, ya valiéndose de las autoridades, exigieron á los señores y principales que enviasen sus hijos á los monasterios para ser allí educados. Muchos

de los señores, no queriendo entregarlos ni osando tampoco desobedecer, apelaron al arbitrio de enviar en lugar de sus propios hijos y como si fuesen ellos, á otros muchachos, hijos de sus criados ó vasallos. Mas con el tiempo, advertida la ventaja que llevaban esos plebeyos á sus señores, merced á la educación que habían recibido, enviaban ya á sus hijos á los monasterios, y aun instaban para que fuesen admitidos.

Las escuelas eran generalmente salas bajas, con dormitorios contiguos y demás dependencias. Las había en todos los conventos principales, y tan capaces algunas, que admitían hasta ochocientos ó mil niños; pero la más famosa de todas fué la de México, fundada y regida durante medio siglo por nuestro Fr. Pedro de Gante. Hallábase, según lo acostumbra, detrás de la iglesia del convento, alargándose hacia el norte. Con vista al poniente quedaba la capilla de S. José de Belen de los Naturales, que al principio fué de paja con un pobre portal, y después se convirtió en una gran iglesia, la mejor de México, con sus siete naves descubiertas al inmenso atrio. Era la parroquia de los indios, á cargo de los franciscanos, y en ella se celebraban todas las funciones solemnes que se ofrecían, porque la parroquia de españoles ó antigua catedral de la plaza mayor era tan pequeña, fea, pobre y desmantelada, que no servía para tales ocasiones.<sup>1</sup>

Pronto se juntaron en aquella escuela

<sup>1</sup> La capilla de S. José quedaba donde estuvo después la iglesia de los *Servitas* ó Siervos de María. Según el P. Gante, cabían en ella diez mil personas, y en el atrio setenta mil. Con el tiempo se fué deteriorando, y en 3 de Agosto de 1592 ocurrieron los franciscanos al Ayuntamiento pidiéndole que costeara la reedificación de una pared que amenazaba ruina, cuya petición fué despachada favorablemente. En 1649 llevaba mucho tiempo de estar medio arruinada y sin uso; pero el 24 de Octubre de ese año se volvió á abrir reparada, y se estrenó con una función al Santísimo Sacramento, que hicieron los naturales. (*Diario de Guijo*, tom. I, página 79.) En esa compostura quedó reducida á cinco naves. Cuando escribía Betancurt en 1697, tenía la capilla privilegios de catedral concedidos por Feli-

hasta mil niños. Por la mañana les daba Fr. Pedro lecciones de lectura, escritura y canto: por la tarde enseñaba la doctrina y predicaba. Asistían á las fiestas religiosas, y cantaban las horas canónicas. A los pequeños no permitían comunicación alguna con sus familias, para que no se contaminasen de los errores de la idolatría; pero de los más adelantados y entendidos eligió Fr. Pedro cincuenta, que destinó á catequistas, y les daba lección particular, enseñándoles con gran trabajo durante la semana lo que habían de predicar el domingo siguiente. Llegado el día, los despachaba de dos en dos por los alrededores de México para que anunciasen el Evangelio. Si la distancia era grande, como de quince ó veinte leguas, salían cada veinte días; y cuando tenía noticia de que iba á celebrarse alguna fiesta gentilica, despachaba con tiempo los más hábiles para estorbarla. Solía acompañar él mismo á aquellos misioneros improvisados, y de paso iban destruyendo templos é ídolos. Así aquella escuela era al mismo tiempo un centro de propaganda religiosa. Igualmente salían de allí jueces, alcaldes y regidores para los pueblos; porque la instrucción se extendió rápidamente entre los indios. En 1524 apenas habría alguno que supiese lo que eran letras, y veinte años después, en 1544, quería el Sr. Zumárraga que la *Doctrina* de Fr. Pedro de Córdoba se tradujese á la lengua de los indios, y esperaba que sería de mucho fru-

pe II, y se celebraban en ella las ceremonias del culto con todo esplendor. Probablemente desde que los frailes aflojaron en su empeño de sostener las escuelas, descuidaron también la capilla, y al fin, habiendo quedado otra vez abandonada, pidieron los Servitas aquel sitio, donde construyeron su iglesia, dedicada en 1791. No sé á punto fijo cuándo desapareció del todo la capilla: hallo únicamente que en 3 de Marzo de 1781 se comenzó por orden del Ayuntamiento la demolición de la torre. (*Diario del Alabardero* José GÓMEZ, pág. 105.) La iglesia de los Servitas corrió á su vez igual suerte, pues fué demolida en 1861 para abrir la calle que por indicación del Sr. D. José Fernando Ramírez tiene el nombre de *Gante*, en memoria del ilustre lego.

to, "pues hay tantos de ellos que saben leer." Veinte años ó menos, con tan pocos y tan ocupados maestros, es bien corto término para tal obra.

Cuidaba mucho Fr. Pedro de que sus discípulos viviesen arregladamente, y destinaba una parte de su tiempo á prepararlos para recibir los sacramentos. Otra empleaba en instruir de sus obligaciones á los que iban á tomar estado, y hacía que en los días festivos se casaran solemnemente con doncellas criadas en recogimientos que para ellas habían fundado también los religiosos. En el esplendor del culto divino ponía asimismo particular esmero. Tenía su capilla de S. José bien provista de todo lo necesario: celebraba con pompa las fiestas, y procuraba que los indios no echasen de menos las antiguas, á cuyo efecto ordenaba danzas y cantares, y él mismo compuso "metros muy solemnes sobre la ley de Dios y la fe." Instituyó cofradías para los indios: unas destinadas al aumento del culto: otras á ejercer obras de misericordia. Fuera de la de S. José levantó en México varias iglesias ó capillas, entre ellas las cuatro de los barrios en que se dividieron los indios de la ciudad: Santa María, S. Juan, S. Pablo y S. Sebastian. Era tan grande su afán de multiplicar los lugares de adoración, que él mismo nos refiere haber hecho construir más de cien iglesias en el corto tiempo corrido desde su llegada hasta el año de 1529.<sup>1</sup>

Al estudio de doctrina, primeras letras, música y canto vino pronto á agregarse el de la lengua latina. Hacía mucha falta á los religiosos una escuela semejante, porque sin ella no podían proporcionarse músicos y cantores para las muchas iglesias que iban edificando. A esta necesidad proveyó cumplidamente Fr. Pedro, enseñando á sus discípulos el la-

tín con ayuda de Fr. Arnaldo de Basacio, y la música y canto en compañía de un anciano religioso llamado Fr. Juan Caro, quien sin saber palabra de mexicano consiguió, á fuerza de constancia, que aquellos niños entendiesen las lecciones que les daba en español.<sup>1</sup> Los discípulos hicieron notables adelantos, y llegaron á componer misas. Fr. Pedro aseguraba al Emperador haber cantores indios que podían lucir en su capilla real.

No era esa la única necesidad de las iglesias, sino que también hacían falta imágenes, porque las traídas de Europa eran pocas y caras. Fr. Pedro acudió igualmente al remedio, añadiendo á su escuela un departamento de bellas artes. Como los indios tenían ya idea de la parte mecánica de la pintura, y conocían excelentes colores vegetales, no fué muy difícil hacerles corregir su defectuoso dibujo, luego que tuvieron por modelos buenas pinturas de España y Flandes. Lo propio sucedió con la escultura, por la aptitud para la imitación, innata en los indios, y de esa manera la escuela de Fr. Pedro de Gante proveía á todas las iglesias, si no de obras maestras, que nunca abundan ni podían salir de allí, á lo menos de imágenes decentes, que de otro modo no habrían podido obtenerse. El culto pedía además ornamentos, vasos sagrados, cruces, ciriales, andas, y otros muchos accesorios; pero sobre todo, artesanos de diversos oficios para la construcción de templos y altares. A todo quiso atender Fr. Pedro, y cada día fué dando mayor ensanche á su escuela. Con el auxilio de un lego italiano, criado en España, llamado Fr. Daniel, primer maestro que los naturales tuvieron en el arte de bordar, se estableció esa nueva industria, en que sobresalieron los indios, porque como ya había entre ellos maestros tan señalados en las labores de pluma, combinaron ese hermoso arte con el que de nuevo aprendieron, y producían labores primorosas, perfecciona-

<sup>1</sup> Carta de 1529, apud KIECKENS, pág. 20.—*Id.* de 1558, apud VERA, pág. 390.—*Carta del Sr. Zumárraga* al Capítulo de Tolosa, 1531.—*Códice franciscano*, MS., págs. 7, 8.—MENDIETA, lib. V, pte. I, cap. 18.

<sup>1</sup> MENDIETA, lib. IV, caps. 14, 15.